

EL GENERAL ANDRÉS A. CÁCERES Y DOÑA ANTONIA MORENO, EN LA RESISTENCIA DE LA BREÑA



*Por: Gral. Brig. "R" Juan Urbano Revilla
Miembro de Número del Centro de Estudios Histórico Militares del Perú
jurbanor@hotmail.com*

RESUMEN: La campaña de la Breña, sobre la sierra del Perú, reunió los más excelsos valores de patriotismo y sacrificio. Esta se inicia desde las funestas consecuencias de la batalla de Miraflores, para saltar de allí a los andes centrales, para forjar la heroica resistencia. El alma de tan épico propósito era el general Andrés A. Cáceres, que no desmayó en esfuerzos para levantar un ejército con los restos de las tropas y sumar campesinos convertidos en guerrilleros, para ir en lucha tras lucha, contra el invasor. Superaron las más agrestes cumbres y el clima hostil, sin descanso. En su recorrido de sacrificio también estuvo la esposa de Cáceres y sus hijas. Doña Antonia fue la clara muestra de abnegación, de intenso apoyo filial a su esposo y compromiso con la causa nacional. En ese escenario de guerra, también se mostró la grandeza humana de Cáceres, llamado el "Tayta" por sus hombres a quienes valoró y elevó en dignidad. Las contiendas de San Jerónimo, Marcavalle, Pucará, Concepción y Huamachuco, fueron los principales hitos del camino de la resistencia de la Breña, batallas legendarias de luces e infortunio, que en la hora máxima jamás arriaron el pabellón del Perú.

Palabras clave: guerra; sierra; guerrilleros; Llanganuco; Huamachuco

Introducción

Las agrestes cumbres de la sierra peruana vieron forjarse al ejército de la resistencia del general Andrés Avelino Cáceres; allí, hombres surgidos del carbón de la cruenta guerra, se irguieron para salvar a la patria del infortunio o caer en la brega. Desde los andes, soldados y hombres del pueblo defendieron nuestro suelo, respondieron con majestuosos actos de valor y fortaleza moral, como sus mayores armas, trascendiendo su naturaleza humana hasta ingresar al altar inmortal de la gloria. Es más, en estas jornadas de sacrificio se sumó Doña Antonia Moreno de Cáceres quien junto a sus menores hijas y sin vacilaciones, recorrió las frías punas y compartió las vicisitudes de la campaña, igual que las fieles compañeras de los soldados de la Breña.

La formación de la resistencia en la sierra

La guerra de Chile contra el Perú y Bolivia, iniciada desde 1879, tuvo en Andrés A. Cáceres al arquetipo del jefe militar inquebrantable en los campos de combate, en fulgores y sombras. Allí estuvo en San Francisco, Tarapacá y Alto de la Alianza, en la campaña del sur. Después, Cáceres está presente en la defensa de Lima, batiéndose en las batallas de San Juan y en Miraflores, en páginas de heroísmo y valor, donde cargó una y otra vez contra el enemigo, aún cuando la victoria era esquiva.

En la inmolación de la batalla de Miraflores del 15 de enero de 1881, el entonces coronel Cáceres resultó herido; sin embargo, ello no quebró su brío para la lucha. Más aún, a pesar de la costosa derrota, donde cayó el

ejército de línea y la reserva, Cáceres es alentado por el fervor patriótico de las tropas dispersas de Lima que continuaban con el ímpetu para la lucha contra el invasor. De esta manera, Cáceres decide emprender sus empeños para llevar la resistencia armada al interior de país.

Estando aún herido, Cáceres es oculto por un superior jesuita, en una celda de éste, librándose de la persecución de las patrullas chilenas enviadas a su captura, luego se trasladó a una vivienda que exhibía bandera extranjera, saltando de allí a su domicilio de la calle San Ildefonso, hasta sentirse mejor; y en abril de 1881, resolvió su viaje por tren a la sierra central.

Entonces, se traslada de Lima hacia Jauja, donde se encuentra con el dictador Nicolás de Piérola a quien expone sus propósitos; ante lo cual, es designado jefe superior, político y militar del centro. Sin contar con tropas, ni recursos, Cáceres se impone la misión de levantar un ejército y emprender la resistencia armada, pues la toma y ocupación de Lima por los chilenos, -en su concepto-, no entrañaba el completo aniquilamiento del poder militar del Perú, ni menos la definición de la guerra por la fuerza de las armas, ya que aún quedaban recursos, territorios y energía para continuarla.

Chosica, Jauja, Tarma, Huancayo, Izcuchaca, Acobamba, Ayacucho, Junín, Cerro de Pasco, Huánuco, Chavín, Huaraz, Yungay, Sihuas, Huamachuco, son lugares que jalonan el monumental esfuerzo desplegado por el Ejército de la Resistencia de Cáceres en la llamada campaña de La Breña, donde emerge la voluntad y acciones decididas de los pueblos de la sierra del Perú, soldados, guerrilleros y colaboradores, que lo dieron todo por la causa nacional.

A fines de abril de 1881, y ya investido como general, Cáceres empezó a organizar su Ejército enfrentando las mayores dificultades existentes, donde ni la falta de armas, la falta de dinero, falta de víveres, agreste topografía, clima hostil, política adversa, incompreensión, ni la tenaz persecución del enemigo, fueron capaces de amilanar ese espíritu guerrero animado solo por su profundo patriotismo con la obsesiva razón de no ver mancillado el honor, ni mutilado el Perú.

Doña Antonia Moreno de Cáceres y la humanidad de Andrés A. Cáceres

Es en este contexto que, Doña Antonia Moreno de Cáceres, consuma su firme voluntad de participar en la resistencia frente al invasor; lo refiere así en sus memorias (1974): “decidí arriesgar mi vida, si era preciso, para ayudar a Cáceres a sacudir el oprobio que imponía el adversario [...] *dedicándome a la conspiración más tenaz y decidida contra las fuerzas de ocupación*” (p. 19).

Cumpliendo su palabra, la esposa de Cáceres, en coordinación con el obispo Tordoya, en Lima llegó a reunir armas y hasta un cañón, que debían ser enviados al ejército de la sierra central sin ser detectado por las fuerzas chilenas de control; entonces, idearon una estratagema ocultando el cañón en un ataúd, el cual fue llevado en “cortejo”, pasando delante de los chilenos sin ser notado y arribando a su destino. Más aún, en el teatro del Politeama, con colaboración de su dueño, llegaron a establecer una especie de arsenal de armas, municiones y otros pertrechos, que escondían debajo del proscenio y de los palcos, que también fueron remitidos al ejército de Cáceres.

No solamente ello, Doña Antonia era objeto de las persecuciones de las autoridades de facto chilenas, corría peligro en la capital; entonces, llevando a sus tres menores hijas, Lucila, Zoila Aurora y Rosa Amelia, viaja a la sierra y superando los obstáculos se une a Cáceres. Ella vivió las intensas jornadas de la campaña terrestre con sus travesías en la más difícil geografía y los peligros de la acechanza del enemigo, compartió

con los soldados y campesinos los enormes sacrificios de la resistencia, sintiéndose parte de ellos, quienes la llamaban cariñosamente “mamá grande”, era la fiel compañera de Cáceres, a quien dedicó sus preocupaciones y cuidados; a su manera, estuvo a la altura de aquellas abnegadas compañeras de los soldados de la sierra, llamadas con desdén “rabonas”, pero que fueron vitales en la moral, alimentación y atención de los hombres dispuestos a la muerte. Esas humildes mujeres de la guerra llamaban “tayta” a Cáceres, con aquella devoción que se tiene a un padre (Moreno, 1974, 35).

La campaña en la sierra y los apremios de la guerra, dieron evidencia de la dimensión humana y fortaleza moral del general Cáceres. En Tarapacá había caído su hermano menor el teniente Juan Cáceres; en las travesías de la sierra Doña Antonia perdió el alumbramiento de quien habría sido el hijo varón de Cáceres (p. 80), pero como en los campos de batalla, siempre se sobrepuso. Además, demostraba su devoción a los suyos y a sus soldados. Cuando se reunieron en la sierra, estando Cáceres acariciando a sus hijas, Doña Antonia (1974) relató así: “*Dos nobles pasiones dominaban su gran espíritu: el ardiente amor a la patria y la dulcísima ternura paterna*” (p. 34).

Es más, aquellos campesinos, indios humildes, veían en Cáceres la reencarnación de un Inca, y se acercaban a saludarlo besando las manos y al intentar arrodillarse ante él, el general Cáceres les decía: “*Un hombre nunca debe de ponerse de rodillas delante de otro, levántate*” (Moreno, 1974, p.47). Era la dignidad merecida a quienes creyeron, noble y lealmente, en la tarea de Cáceres.

Doña Antonia acompañó durante meses a Cáceres, y estando en Huaraz, ante la inminencia del choque final que llegaría después, por la seguridad familiar se despide de aquellas jornadas de guerra, dejando sus impresiones:

“Habíamos seguido con el ejército al lado de Cáceres, durante casi toda esa heroica campaña de la Breña, tan heroica como dolorosa, compartiendo todo género de privaciones y ansiedades, de frío, de hambre y también, a veces, de ráfagas de alegría; de pasos escabrosos por las montañas, por los bordes de los abismos, desafiando los precipicios. En fin, todo un conjunto de acechanzas y amarguras que nos ligaban mas con esos valerosos muchachos que yo miraba como a mis hijos, y mis pequeñas, como hermanos” (Moreno, 1974, p. 99).

Esa era la dimensión de la gesta emprendida por Cáceres, sostenido por la fuerza incomparable del amor filial encarnado en su esposa Doña Antonia y sus hijas, con la identificación con sus hombres, con sus propósitos, forjada en la dureza de la sierra, donde emergió también la naturaleza de aquel enorme guerrero peruano, que acaudilló las legendarias hazañas de la guerra, en la resistencia contra el invasor.

Las acciones en la sierra y el cenit de la resistencia

Cáceres expulsó a los chilenos del corazón de los Andes Peruanos infringiéndoles sucesivas derrotas en los combates de Pucará, Marcavalle y Concepción; siendo acosados durante nueve días consecutivos, desde Marcavalle hasta Tarma, sin dejarle punto de reposo. (Cáceres, 1973, p. 181). Los chilenos solo se salvaron de la destrucción total al lograr cruzar el puente de La Oroya, que no llegó a ser destruido.

Entonces, Cáceres al frente de sus tropas se dirige a la sierra norte emprendiendo el paso de la cordillera por la laguna de Llanganuco, escalando los picos más altos de los andes, en penoso ascenso de senderos estrechos y escaso aire, hubo bestias con jinetes y cargas que rodaron al abismo; superando estas enormes dificultades se burló la persecución de las tropas chilenas que pretendían encerrar a Cáceres en el Callejón de Huaylas.

Llegó el turno de la batalla de Huamachuco, cenit de los esfuerzos de los hombres de la resistencia. En aquella contienda, se vislumbraba la victoria peruana, sin embargo, la falta de municiones cambia el curso del destino y el desastre se tornó inevitable, los soldados peruanos sin fuego son perseguidos y fusilados sin piedad por aquellos que acababan de hacer retroceder. Cruenta acción donde fueron ejecutados los prisioneros y “repasados” los heridos en el campo de combate. A pesar de esta fatalidad, Cáceres mantuvo su firme resolución de continuar la lucha. En Ayacucho, empezó a levantar nuevas fuerzas, dando cuenta de ello al ministro de guerra. (CPHEP, 2014, p. 100).

Más aún, aquel espíritu indomable quedó impregnado en los pueblos del interior de la sierra, valientes comunidades que, en ejemplo de patriotismo, dirigen una misiva al jefe de las tropas chilenas que invadían el departamento de Junín, firmada por los “primeros jefes de las comunidades armadas del Centro”, impresa el 29 de agosto de 1883, en el periódico “La Verdad Desnuda”, en Ayacucho, que reproduce Luis Guzmán (2014) y cuyos fragmentos finales dicen:

“Que cualquiera fuese la superioridad de las fuerzas invasoras, las comunidades de nuestro mando cumplirán como siempre su deber hasta el sacrificio y los contrarrestarán a todo trance, declinando ante Dios y los hombres sobre la expedición enemiga, la responsabilidad de tan innecesaria como sangrienta lucha. (Firman–nombres) Los primeros jefes de las comunidades armadas del Centro [...] de Acostambo, Pampas, Ñalminpuquio, Pasos, Pucará y Tongos, Izcuchaca, Huacho, Moya, Hualchanca, Quintajo y Culihuas” (Guzmán, 2014, p. 52)

Fueron otros los designios, fuera del alcance de Cáceres, los que llevaron a la conclusión de la guerra con el Tratado de Ancón de octubre de 1883.

Doña Antonia Moreno y los héroes de la resistencia de la Breña

Resultaría incompleto comprender la dimensión de la gesta de la campaña de la Breña sin las memorias de la esposa del Mariscal, Doña Antonia Moreno, por que la dimensión de genio y férrea voluntad militar de Cáceres no puede ser separada de el valor insuperable que tiene para todo hombre, y en particular para todo soldado, la fuerza de una mujer que lo acompaña incondicionalmente, con entrega, sacrificio, y de soporte real y concreto en sus tareas militares, al mismo tiempo que se hace cargo del cuidado de su familia mientras se encuentra en batalla; y es este el modelo que proyecta Doña Antonia, la esposa del militar, madre de sus hijos que al mismo tiempo que soporta y asegura el cuidado de sus hijas, comparte el peligro y las tareas de la defensa de la patria; y no sólo ello, después de la contienda aporta con sus memorias a la historia, reconocimiento y trascendencia del egregio Mariscal. Doña Antonia Moreno es entonces, en nuestra historia, republicana una figura pendiente de reconocimiento por su valor como mujer, como madre y esposa de militar en las circunstancias mas adversas que existieron en la campaña de la resistencia de la Breña.

Andrés A. Cáceres y sus hombres, jefes, soldados, guerrilleros, rejoneros, galgueros, hombres del pueblo, y Doña Antonia Moreno son parte de esa pléyade de los “héroes de la resistencia”, que montados en la sierra nacional lucharon juntos contra el invasor. Entre estos están los artífices de la guerra de movimientos, incapaces de abatirse ante la adversidad, tenaces en la organización de fuerzas, aquellos que no dudaron en desprenderse de sus propios recursos a favor de las apremiantes necesidades de la lucha, bizarros conductores de soldados y guerrillas, plétóricos de patriotismo y obsesivos en la defensa de la patria; y a pesar de los infortunios encontrados, demostraron ser colosos en su lucha sin cuartel contra el artero invasor. Es más, en la sierra del país, desde la acción de San Jerónimo hasta la gesta de Huamachuco, Cáceres y los suyos demostraron que cumplieron notablemente con su deber, sacrificándose en defensa de la patria, aun cuando la fatalidad les arrebatara la victoria y el enemigo encontrara sorprendido unos laureles inmerecidos.

Cantares eternos, exigen aquellas lecciones de sacrificio y amor filial, inquebrantable ante la adversidad, como el legado de Doña Antonio Moreno de Cáceres, siempre al lado del guerrero y con sus hijas en la crudeza de la guerra, superando los sufrimientos y peligros, perseguidos por el invasor, pero formando un coloso de unidad, con un solo destino, ejemplo prístino para todas las generaciones de hombres de armas, sus abnegadas esposas y para la sociedad peruana.

Referencias bibliográficas:

Basadre, J. (1983). *Historia de la República del Perú* (7ª. Ed., T. VI). Lima: Editorial Universitaria.

Cáceres, A. (1973). *Memorias de la Guerra del 79*. Lima: Editorial Milla Bartres S.A.

Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú [CPHEP] (2014). *Cáceres*. Lima: Studio Digital Editores.

Guzmán, L. (2014). Los Jefes de las Comunidades Armadas del Centro en la fase final de la campaña de la Breña. *Revista Cáceres Órgano oficial de la Orden de la Legión Mariscal Cáceres* (5), pp. 51-52.

Molinare, N. (1912). *El Combate de la Concepción* (T. I). Santiago de Chile: Imprenta Cervantes.

Moreno, A. (1974). *Recuerdos de la Campaña de la Breña*. Lima: Editorial Milla Bartres S.A.